

Homilías del Domingo 27 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, los Apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos la fe.» El Señor contestó: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería. Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor, cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: ¿Enseguida, ven y ponte a la mesa? ¿No le diréis: Prepárame de cenar, cíñete y sítveme mientras como y bebo; y después comerás y beberás tú? ¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: “Somos unos pobres siervos hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

La fe mueve montañas

Lo dice el adagio popular. Pero antes lo había dicho El: “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esa montaña échate al mar y se echaría”. Bueno, hoy nadie acude a la fe para aplanar montañas. Hoy preferimos esas tremendas excavadoras que lo hacen muy bien.

Sin embargo, lo del Evangelio sigue teniendo valor, a pesar de las grandes excavadoras.

Y no es que se nos pida mucho. Se nos pide solo “como un granito de mostaza”. ¡Qué sería si tuviésemos una fe como un melón!

Pondríamos al mundo patas arriba. Seríamos capaces de cambiarlo todo.

Pero ¿no crees que, aún con esta poquita fe que tan fácilmente se tambalea, hacemos verdaderos milagros?

Con nuestra poca fe: somos capaces de comprometernos con el cambio de un mundo que diera la impresión de que no lo cambia nadie.

Con nuestra poca fe: somos capaces de seguir creyendo en Dios, por más que todos nos digan que la religión es una tontería y una obsesión piadosa.

Con nuestra poca fe: somos capaces de seguir creyendo en la Iglesia. Incluso hoy que tan maltratada la vemos por todas partes y tan sucia y manchada por las miserias de sus propios hijos.

Me encanta el capítulo “Conversión” del libro de Joan Chittister cuando escribe:

“Permanezco en la Iglesia porque, aunque las luces se han apagado en partes de la casa, sé que estoy en mi casa”.

Caigo en la cuenta ahora, con intensa indignación, de lo sexista que es realmente la Iglesia pese a todas sus declaraciones de fe en Jesús y de amor a la mujer.

Pero caigo también en la cuenta de que es la familia en la que he crecido. Es la familia que me dio mis primeras imágenes de Dios, mi primera sensación de valor humano, mi primer sentido de la santidad, mi primera invitación a una bondad medida por mucho más que el “éxito”. Una familia, sólo por ser disfuncional, como lo es ésta, no deja de ser una familia.

Con nuestra poca fe: donde algunos se escandalizan y son capaces de abandonar a la Iglesia, otros seguimos amándola como a nuestra madre. Con nuestra poca fe: seguimos creyendo que, estos malos momentos en los que todo el mundo se dedica a embarrarla, muchos seguimos creyendo que no es sino una especie de invierno que la desnuda de su belleza externa, pero donde la savia sigue viva en sus raíces en espera de una nueva primavera.

Con nuestra poca fe: somos capaces de entregar nuestras vidas al servicio de los demás.

Con nuestra poca fe: los padres son capaces de envejecer luchando por sacar adelante a sus hijos.

Con nuestra poca fe: muchos hemos sido capaces de dejar nuestras familias para entregarnos a su servicio y al servicio del Evangelio y del Reino.

Pero Jesús no quiere sino que nos pide que no nos demos por satisfechos con “nuestra poca fe” y desea que tengamos más fe, una fe capaz de curarnos, sanarnos, salvarnos.

Los discípulos no le piden “danos fe”, sino “aumenta la que tenemos”. Con frecuencia nos quedamos satisfechos porque ya creemos, ya tenemos fe. Pero la fe no es un proceso mental sino una relación personal con Dios. Por eso la fe es también proceso que puede irse degradando o puede ir creciendo. La gente suele decir, en momentos difíciles, “estoy perdiendo la fe”. La verdad que no logro entender qué quieren decir con ello porque el peligro de la fe, no es tanto el perderla, ¡y claro que se puede perder!, para mí el problema de la fe es quedarse estancado y no crecer en la fe. Alguien preguntará cómo se degrada la fe y cómo se la aumenta. De una manera muy sencilla. Partamos de una experiencia, la experiencia del amor. El amor se puede ir degenerando si no cultivamos la relación con la persona amada, como también puede ir medrando a través de unas relaciones personales intensas y constantes. Pues algo parecido sucede con la fe. Si creer es entrar en relación de amor con Dios, la fe puede irse debilitando en la medida en que se debilitan estas relaciones con Dios y puede aumentarse también según intensificamos las relaciones con Dios: la oración, la Palabra, los Sacramentos y la coherencia de la vida. San Agustín lo expresó muy bellamente: “Cuando te apartas del fuego, el fuego sigue dando calor, pero tú te enfrías. Cuando te apartas de la luz, la luz sigue brillando, pero tú te cubres de sombras. Lo mismo ocurre cuando te apartas de Dios.” La fe se va enfriando en nosotros cuanto más nos apartamos de Dios y prescindimos de Él y se va calentando en la medida en que nuestras relaciones con Él son más intensas y continuas. Es el proceso de todo amor y es el proceso de toda relación entre personas, entre amigos, entre enamorados, entre novios o entre esposos. ¡Cuántos esposos termina por sentirse extraños el uno al otro porque no han cultivado su relación y se han acostumbrado a vivir cada uno por su lado su propia vida! Lo mismo nos puede pasar con Dios. Tener fe, es mucho más que saber mucho de religión. Es una amistad y una relación personal y un fiarnos totalmente de El.

Por eso, la súplica de los discípulos tiene que seguir siendo también nuestro grito de cada día: “Señor, aumenta nuestra fe”. Señor, que hay muchas luces apagadas en esta nuestra casa que es la Iglesia: “aumenta nuestra fe”.

Señor, que todos los medios de comunicación airean los pecados de tu Iglesia y a veces ya no rebelamos tu rostro: “aumenta nuestra fe”.

Señor, que el sufrimiento de los inocentes pone obstáculos para que el mundo siga creyendo en Ti: “aumenta nuestra fe”.

Señor, que tanta pobreza y tantas desigualdades e injusticias parecen ser una acusación contra Ti: “aumenta nuestra fe”.

Señor, danos una fe que haga posible que nuestras vidas revelen y manifiesten mejor tu rostro de Padre en el mundo. No te pedimos que nos hagas milagros. Te pedimos una fe capaz de hacerlos a nosotros...

(B)

El reto de Cristo a los que tienen fe no puede ser más expresivo: Si tuvierais fe dirías a una morera: ¡arráncate y plántate en el mar! y estaríais seguros de que este absurdo se haría.

A mí me ha gustado pensar que el ejemplo no puede ser más ilustrativo, porque el cristiano es, si tiene fe, una especie de morera plantada en el mar, es decir, una “rara avis” que se pasea en medio de un mundo que no comparte con él casi ningún planteamiento vital.

Porque, miremos a nuestro alrededor y digamos sinceramente lo que encontramos. Encontramos afán de dinero, culto al cuerpo, deseo de personalismo, afán de triunfo, grandes dosis de egoísmo -es natural-, de indiferencia hacia los demás, de desprecio a los débiles, de subordinación servil a los fuertes.

Encontramos unos amores tibios, cuya duración depende de un montón de circunstancias entre las que no son las menos la frivolidad con la que se dice en qué consiste y qué es el amor; un sentido de cumplimiento del deber resquebrajante, un deseo de vivir la vida como meta final de la existencia.

Encontramos unas familias en las que las relaciones paterno-filiales difícilmente se fundan en un diálogo constructivo y operante.

Encontramos unos estudiantes que no estudian, unos obreros que no trabajan, unos patronos que no invierten y no se arriesgan.

Encontramos unos parados que gritan desde la calle la injusticia substancial de un sistema que no sabe repartir de verdad el producto nacional bruto o lo que haya que repartir.

Encontramos políticos que no dicen la verdad, saben que no la dicen y se quedan tan tranquilos.

Encontramos pueblos ricos insolidarios con los pobres como demostración a lo grande de la insolidaridad que a nivel individual se practica a diario.

Y en medio de todos esos encuentros se oye la voz eterna y permanente de un Hombre que desde su rincón galileo dice cosas como éstas:

Yo he venido a servir y no a ser servido. Los que quieran seguirme tendrán que adoptar en la vida esta postura, pero adoptarla de verdad, no en preciosos slogans o lemas de la vida que no significan nada en la práctica.

-Yo he venido para dar vida y para que los hombres la tengan en abundancia. Y los que me sigan tendrán que comprometerse eficazmente en esta meta y repartir a su alrededor no muerte y condenación, sino vida, alegría y entusiasmo.

-Yo he venido para ocupar el último lugar pudiendo ocupar por derecho propio el primero. Y los que me sigan tendrán que correr a ocupar los últimos puestos en lugar de pegarse airadamente por sentarse en el primero. Y esto también de modo real y efectivo, no limitando esta postura a declaraciones grandilocuentes o gestos simbólicos que nada tienen que ver con la realidad diaria de esta difícil postura.

-Yo he venido a decir a los hombres que lo fundamental en la vida es el amor, un amor tan grande que sea capaz de dar la vida por aquél a quien se ama, tan grande que sea también capaz de pensar en un amor más fuerte que la muerte, más que la enfermedad, más que la pobreza, más que la paciencia que se necesita para recorrer la vida, día a día, poniendo la mano sobre una mano que se arruga y que incluso puede tener, en algún momento, las uñas largas y propinar algún arañazo. Y los que me sigan deberán buscar este amor que, por otra parte, tendrá su alimento en Dios que es, por encima de todo, Amor.

-Yo he venido a conducir a los hombres hacia el Reino y a decirles que el Reino no es algo que nada tiene que ver con los avatares de la vida diaria, porque el Reino empieza aquí y se va construyendo cuando el hombre, por Mí y apoyado en Mí, intenta que el mundo en el que se mueve y al que pertenece sea más humano, más vivible, más justo, porque todo lo que se intente para que el hombre pueda realizarse como tal es un intento que coincide con los planes de Dios.

Y, naturalmente, cuando eso se oye en el mundo, el hombre que intenta vivir con ese talante está como «plantado en el mar" y solamente si tiene una fe intensa -una fe que diariamente hay que pedirle a Cristo con una sinceridad absoluta- no sentirá que le falta tierra bajo sus pies, porque sus planteamientos vitales son absolutamente distintos de los planteamientos al uso y resulta tan extraño para los que le rodean como el espectáculo de la morera asomando por una superficie marina.

(C)

Es cierto. Si tuviésemos más fe, cuántos milagros pudiéramos hacer en la vida. Ya la fe es, de por sí, todo un milagro. Por eso mismo la fe es capaz de hacer también milagros.

Yo no pediría más fe para trasladar montañas. Hoy tenemos una serie de elementos que fácilmente las pueden allanar y perforar.

Tampoco le pediría más fe para trasladar la morera que está delante de mi casa. Hoy hay técnicas capaces de arrancarla de raíz y plantarla en cualquier otro sitio.

Si tuviésemos más fe en Dios:

Cada día haríamos el milagro de cambiar nuestra vida.

Cada día haríamos el milagro de dar un sentido nuevo a nuestra vida.

Cada día haríamos el milagro de salir de nuestra vulgaridad.

Cada día haríamos el milagro de ser más santos.

Si tuviésemos más fe en Dios:

No evitaríamos nuestros problemas, pero nos sentiríamos más que nuestros problemas.

No evitaríamos nuestras enfermedades, pero no nos dejaríamos aplastar por ellas.

No evitaríamos que nos despidan de nuestro trabajo, pero seguiríamos luchando con esperanza.

No evitaríamos nuestras debilidades, pero sentiríamos que podemos ser más fuertes.

No evitaríamos nuestros momentos de oscuridad, pero siempre encontraríamos una luz.

No evitaríamos ser hombres, pero sentiríamos en nosotros la vocación divina.

Si tuviésemos más fe en el hombre:

Cierto que lo respetaríamos más.

Cierto que reconoceríamos su verdadera dignidad de "imagen y semejanza de Dios".

Cierto que no lo explotaríamos con un salario injusto.

Cierto que no nos aprovecharíamos de él para nuestros intereses y egoísmos.

Si tuviésemos más fe en el hombre:

Le valoraríamos mucho más.

Le haríamos sentir lo importante que es.

Le haríamos crecer en su propia estima.
Le haríamos sentirse mejor consigo mismo.
Le haríamos crecer con mucha más seguridad en sí mismo, evitándole complejos de inferioridad.

Es triste escuchar por ahí:
“hijo, no te fíes de nadie”.
“Hoy uno no puede fiarse ni de su propia sombra”.
Es triste que el esposo no crea en su esposa.
Es triste que la esposa haya perdido la fe en su marido.
Es triste que los padres ya no crean en sus hijos.

A mí me encanta repetir: “Dios es el que mejor conoce tu vida y tu verdad. Con todo lo bueno y también con todas tus basuras, pero a pesar de todo: “Dios sigue teniendo fe en ti y sigue creyendo en ti”.
Y si Dios cree en mí, ¿por qué no creer yo en los demás?

Si tuviésemos más fe en los malos:
Bueno, los que nosotros decimos malos, porque ¡vaya usted a saber quién es el bueno y quién es el malo!
Si creyésemos más en ellos, posiblemente se animarían a cambiar.
Si creyésemos más en ellos, posiblemente dejarían de ser lo que son.
Si creyésemos que aún los malos pueden buenos, creo habría menos malos.
Si creyésemos que hasta los malos pueden ser santos...
Santa Mónica creyó en Agustín. Y Agustín cambió.

Tener fe en el mundo:
Todos tenemos una muy mala idea del mundo. Al fin y al cabo vemos lo que nosotros mismos hemos hecho.
Pero el mundo necesita que tengamos más fe en él.
Que creamos que el mundo puede cambiar.
Que creamos que el mundo puede ser mejor.
Que creamos que el mundo puede ser bello y hermoso.
Si no creemos en el mundo nunca haremos nada por cambiarlo.
Si no creemos en el mundo nunca nos comprometeremos en mejorarlo.
Si no creemos en el mundo difícilmente creeremos en el cielo.
Si hasta Dios cree en el mundo. “Y vio Dios que era bueno”.

Hablamos mucho de creer en Dios.

Y hablamos poco de que Dios también cree en el hombre.
Hablamos mucho de creer en Dios.
Pero hablamos poco de creer en el hombre.
Y la vida solo tiene sentido cuando creemos en Dios y cuando creemos en nosotros mismos y en los demás

(D)

Como decíamos al comenzar esta Celebración, muchas cosas han ido cambiando y siguen cambiando en la Iglesia, sobre todo desde el último Concilio Vaticano II.

Los cambios han sido en dos aspectos:

* Primero en las cosas externas y visibles. Ha cambiado la fisonomía de los templos, han cambiado las devociones populares y ha ido cambiando la forma de la celebración de la Misa.

Todavía recordamos aquellas iglesias oscuras, con el sacerdote celebrando la Misa de espaldas al pueblo y en latín. Las personas mayores rezando el Rosario en privado y en voz baja y esparcidas por el templo.

* Pero, y en segundo lugar, también han ido cambiando las actitudes religiosas interiores. La forma de entender el cristianismo, los problemas sociales, el Mensaje de Jesús, su Mandamiento del Amor. Y por lo tanto ha cambiado la forma de entender la fe.

Hace unos años pensábamos que con estar bautizados, aprendernos el Catecismo, ir a Misa los Domingos y Fiestas de guardar y comulgar los Primeros Viernes de mes, ya éramos buenos cristianos. Eso era tener fe. Eso era ser cristiano. No hacía falta más.

Pero nos hemos ido dando cuenta de que con eso no basta. Tener fe es algo más que eso: Es conocer a Jesús, fiarnos de Él y seguir su ejemplo.

Esto es, ya mucho más serio, más complicado y más comprometido.

Porque Jesús apenas acudía al Templo y pocas veces le vemos orando, en la forma que nosotros entendemos la oración.

Pero le vemos, muy a menudo, ayudando al pobre, socorriendo al necesitado y curando a los enfermos. En una palabra, sirviendo a los más necesitados de la sociedad.

Ser cristianos, tener fe es tener la valentía de seguir a Jesús, de continuar su ejemplo.

Esto es ya otra cosa. Para seguirle no basta con acudir a Misa y comulgar. Hay que salir del templo dispuestos a repartir nuestra vida al servicio de los demás.

Esto nos inquieta, nos hace perder esa seguridad que teníamos antes: "cumple esto e irás al cielo", era el lema.

Ahora hay muchas más cosas que cumplir, más duras y complicadas, y nadie nos garantiza un aval para el cielo.

O mejor dicho, nosotros mismos estamos convencidos de que siguiendo así a Jesús, Él no nos abandonará y nos dará el justo premio a nuestros esfuerzos. No debemos ser como los labradores de los que nos habla el Evangelio de hoy.

Esta es hoy nuestra fe. No la seguridad casi matemática que se nos ofrecía antes. Pero sí la seguridad y la tranquilidad que da el cumplimiento del deber, el seguir el ejemplo de Jesús, sirviendo a los demás.

La Celebración de la Misa en la que estamos participando, ¿para qué sirve? . Pues para llenarnos de la fuerza necesaria para llevar a la vida lo que celebramos aquí.

La fe en Dios que celebramos aquí, la viviremos en la tarea diaria. Y la fuerza para seguir el Mensaje y el ejemplo de Jesús, la sacamos de aquí. Vamos a continuar la Celebración con este espíritu.

(E)

Auméntanos la fe Lc 17, 5-10

Lo que más se opone a la fe no son las dudas e interrogantes que pueden nacer sinceramente en nosotros sino la indiferencia y la superficialidad de nuestra vida.

El que busca sinceramente a Dios, se ve envuelto más de una vez en oscuridad, duda o inseguridad. Pero si busca a Dios, hay en él un deseo de creer que no queda destruido por la duda, el cansancio, la oscuridad ni el propio pecado.

No olvidemos que la fe no se reduce a unas convicciones que nos han inculcado desde niños o a una visión de la vida que todavía defendemos.

El que cree de verdad no se queda en las fórmulas ni en los conceptos. No descansa en las palabras. Sencillamente, busca a Dios.

Por eso, el gran enemigo de la fe es la indiferencia. Ese rehuir constantemente el gran interrogante de la existencia. Ese cerrar los oídos a toda llamada o invitación que se nos hace a buscar la verdad.

Cuántos escepticismos teóricos y planteamientos doctrinales sólo encierran insensibilidad, apatía y temor a una búsqueda sincera y noble.

Nuestra fe se debilita, no cuando dudamos en nuestra búsqueda y deseo de Dios, sino cuando nos apartamos de Él. Así dice San Agustín: "Cuando

te apartas del fuego, el fuego sigue dando calor, pero tú te enfrías. Cuando te apartas de la luz, la luz sigue brillando, pero tú te cubres de sombras. Lo mismo ocurre cuando te apartas de Dios". Cuando uno vive con el deseo sincero de encontrar a ese Dios, cada oscuridad, cada duda o cada interrogante puede ser un punto de partida hacia algo más profundo, un paso más para abrirse al misterio. Todo esto no es fácil de entender cuando vivimos en la corteza de nosotros mismos, atrapados por mil cosas y embotados para todo aquello que no sea llenar nuestros bolsillos y nuestras ambiciones. Por eso nuestra fe crece, no cuando hablamos o discutimos de "cuestiones de religión", sino cuando sabemos limpiar nuestro corazón de tantas ataduras y murmurar calladamente esa oración de los discípulos: "Señor, aumenta nuestra fe". Cuando oramos así, no estamos buscando más seguridad en nuestras convicciones creyentes sino un corazón más abierto a Dios.

(F)

Señor, aumenta nuestra fe Lc 17,5-10

Me hace bien, en esta sociedad pluralista, poder dialogar de manera sincera y abierta con esos hombres y mujeres que los cristianos llamamos «incredulos» porque no coinciden con nuestra fe religiosa, pero que, en realidad, son personas que tienen sus propias convicciones y principios. Son estos amigos y amigas que no comparten mi fe los que, con sus preguntas y sus críticas, me estimulan como nadie a revisar la imagen que realmente tengo de Dios. Ellos hacen mi fe más humilde, pues me ayudan a no confundir a Dios con lo que digo acerca de él. Junto a ellos siento que Dios es un Misterio más grande que todos nuestros argumentos y «teologías».

Conociendo la búsqueda sincera, la lucha interior y el deseo de verdad de algunos de ellos, he percibido que el Espíritu de Dios está presente en su corazón. Y más de una vez me he quedado en silencio preguntándome por la verdad de mi adhesión al Evangelio y la sinceridad de mi seguimiento a Cristo.

Juntos hemos podido compartir la misma fe en el ser humano, el mismo deseo de paz y de justicia, el mismo dolor ante las víctimas de la violencia. Ellos me ayudan, además, a amar a la Iglesia sin arrogancia alguna, pues me hacen ver que no tenemos el monopolio del amor y de la generosidad.

Me conmueve ver a algunos dudar de su increencia. Alguna vez alguien me dijo que la actitud de respeto y comprensión que veía en mí y en otros cristianos le cuestionaba más que todas nuestras palabras. Aquel día comprendí un poco mejor que a Dios sólo se le puede comunicar amando a las personas.

En la Iglesia se habla mucho del testimonio que hemos de dar los cristianos en medio de esta sociedad indiferente y descreída, pero apenas pensamos en escuchar y dejarnos enseñar por quienes no comparten nuestra fe. Y, sin embargo, pocas experiencias hay más enriquecedoras que el diálogo y la mutua escucha entre personas que buscan con sinceridad a Dios. Un diálogo que, en más de una ocasión, deja paso a una súplica pronunciada de manera diferente por cada uno, pero que, en el fondo, es la oración de los discípulos a Jesús: “Señor, aumenta nuestra fe”

P. Juan Jáuregui Castelo